

cumpla el *Levítico* por los levitas! Quizá alguna de vosotras, si tal se hiciera, viuda de un chanfre, se volviera á casar con un arzobispo metropolitano. ¡Ni aún esto os excita al combate, Hijas de María!

Y no rebusco más, que es Nochebuena, y en noche tal no se debe abusar de la teología, porque ella en sí misma es el fin y el principio y el medio de todas las teologías imaginables, puesto que en ella nació el Salvador del Mundo, que por cierto anda ahora tan quebrado como si tal Salvador no hubiese venido: pues aparte Sagasta, que ya es una calamidad, y el presupuesto del culto y clero, que es calamidad y media, y la monarquía hereditaria, que son dos calamidades, y una Cámara de yernos, que hacen tres docenas de calamidades, se nos ha entrado puertas adentro del planeta el *dengue*, que tiene tosiendo á media humanidad y á la chita callando, y como quien no hace nada, se lleva más gente al cementerio que el cólera.

¡Y eso que vino hace tantos años el Salvador! Si no hubiese venido, ¿andaríamos peor?

Resuelva este problema el que quiera y como quiera; á mí me basta saber que salgo de Ezequiel con el *trancozo*, para acometer con Daniel y sus leones pluma en ristre; pero que en vista de cómo andan las cosas, debó poner y pongo á esta nota, aquella otra de los carteles de funciones al aire libre:

¡Si el dengue no lo impide!

CLXXI

### LA PROFECÍA DE DANIEL

Antes de recibir á Daniel por profeta y contarle el cuarto de los mayores, los sabios católicos armaron muchos lios teológicos y disputaron como comadres atacadas de furor parlero.

Unos decían que el tal Daniel fué un cortesano

aprovechadito, más arrimado á los magos caldeos que á los videntes judíos, intepretador de vanos sueños, y forjador de historias inverosímiles. Otros sostuvieron que Daniel fué un profetazo por la gracia de Jehová, con quien usó intimidades desmesuradas que le permitieron profetizar hasta del Antecristo, que ha de venir al fin del mundo, no sé si en forma de *grippe*, para que la humanidad concluya tosiendo sobre el poder de Poncio Sagasta, ó en figura de castrón, como le pintaron muchos intérpretes antiguos.

La Iglesia, acertada siempre, cortó la disputa decretando que Daniel escribió al dictado del Espíritu Santo; y colocó su libro entre los canónicos, cosa que sinceramente le agradezco, pues por andar siempre de punta con los más eminentes teólogos, que le pusieron mil una tachas á esta profecía, á mí es la que más me gusta, y diera por ella la virgen que pare en Isaías, los lamentos de Jeremías, á Baruch y la caña de Ezequiel de añadidura. Pues como cuentos, y aun como historias, los cuentos y las historias de Daniel parecen, por lo estupendos ellos, y ellas por lo disparatadas, capítulos recortados de los más laberínticos y enrevesados libros de caballerías.

Mas si falta el sentido común á mucho de lo que dice Daniel, en cambio viene todo puntualizado, girando alrededor de su persona como una autobiografía llena de bombos y sandeces.

Lo primero que Daniel nos dice es que nació en Betoron y que descendía en línea recta del Santo Rey David, lo cual me guardaré yo bien de poner en duda, pues media tribu de Judá presumía de venir derechamente de hombre que tantas concubinas había tenido y tal arte desplegó en soplarle las damas, á sus capitanes.

Mas la sangre real que llevaba en sus venas, no libró de la esclavitud á Daniel, pues apenas

había echado los cordales, cuando Nabucodonosor le llevó prisionero á Babilonia, donde por gracia especial de un capataz de eunucos, en vez de ser destinado á zapatero ó tejero, fué elegido con otros tres mancebitos, llamados Ananías, Misael y Azarias, para paje del déspota, con destino á la magia.

La primera cosa que hicieron estos cuatro pimpollos al verse en candelero, fué rogar al jefe de eunucos, que los amaestraba en las artes ocultas, que les dejase comer al estilo de su tierra, quiero decir, abstenerse de carne de puerco y de las otras cosas que son de ritual entre judíos. Malasar (así se llamaba el desdichado eunuco) les dijo que con la dieta de legumbres que reclamaban se quedarían flacos y macilentos, viniendo él á pagar con su piel las carnes que repugnaban. Pero los chiquillos, después de nacer por diez días la prueba de no comer sino avichuelas y lentejas, estaban tan coloradotes y tan fuertes como los comedores de rosbiff y bistéck, con lo cual pasándosele el susto al capón, les dejó comer á su buen talante, con lo que hicieron tales progresos en las ciencias, que al poco eran cuatro maravillas.

¡Oh! poder de las legumbres... y de la ciencia infusa que Jehová les añadió de postre, principalmente á Daniel. Presentados más tarde á Nabucodonosor, este rey quedó encantado de ellos, porque halló que sabían diez veces más que sus magos de ordenanza y sus adivinos de profesión.

Entonces Nabucodonosor se le ocurrió cierta noche soñar algo tremebundo y descomunal, de que al día siguiente no se acordaba.

En vano el rey, rascándose tras de la oreja y en lo alto de la frente, procuraba traer á su magín los desbarres de su sueño; en vano se royó, una tras otra, haciendo memoria, las diez uñas de los dedos de sus manos; nada, el sueño no

aparecía en el regio caletre que había perturbado.

Dándose por este contratiempo á doscientos mil de á caballo, lleno de reconcomio y sañas manda llamar á todos sus sabios y adivinos, y les dice:

—Señores: anoche tuve un sueño, de que, por más vueltas que al magin le doy, no puedo acordarme.

Vosotros sois unos sabios, para quienes nada hay oculto. Con que, decidme lo que soñé é interpretármelo inmediatamente; de lo contrario, tened por cierto, que uno á uno, ó juntos, moriréis.

Quedáronse los sabios con un palmo de boca abierta al oír semejante despropósito, y, conociendo las que gastaba aquel bárbaro, a quien consideraban muy hombre para hacerlos tajadas, procuraron darle largas al asunto, diciendole:

—Señor, mostrádnos el sueño, que luego ya os daremos la interpretación.

—¿Cómo? ¡Bergantes! ¡Qué gracia tendría interpretarme un sueño, que os manifestase? Lo que vosotros queréis es evitar la muerte que por memos tenéis merecida. ¡Eal Largo de aquí. Y tú, añadió dirigiéndose á su capitán de órdenes, córtale las cabezas á estos canallsa.

Como en el rebaño de los sabios interpretadores de sueños entraba también Daniel, huyendo de la quema ó degollina, presentose á Arioch, encargado de realizarla, y le dijo que no matase á los sabios, pues él estaba dispuesto á satisfacer el imposible deseo del aey.

Y, en efecto.

Presentado que fué á Nabucodonosor, le contó pe á pa lo que había soñado y de que éste no se acordaba, pensando incontinenti á interpretárselo. Lo cual, si no es más que acertar el premio gordo de la lotería de Navidad del año que se sortee, venga Dios y véalo.

El sueño de Nabucodonosor y su interpretación son cosas tan famosas en el mundo de la literatura, que quiero dejarlas aquí puntualmente consignadas. Habla la *Biblia*. Oído:

«Tú, ó rey, te pusistes á pensar en tu lecho  
»lo que había de suceder después de este tiempo:  
»y el que revela los misterios, te mostró á ti  
»lo que había de venir. A mí también me fué  
»revelado este arcano, no por la sabiduría que  
»hay en mí más que en todos los que viven, sino  
»para que el rey tuviese una clara interpretación,  
»y para que supieses los pensamientos de  
»tu espíritu.

«Tú, oh rey, veías, y te pareció como una  
»grande estatua: aquella estatua grande y de  
»mucha altura estaba derecha enfrente de ti, y  
»su vista era espantosa. La cabeza de esta estatua era de oro muy puro, mas el pecho y los  
»brazos de plata, y el vientre y los muslos de  
»cobre; las piernas de hierro, y la una parte de  
»los pies era de hierro y la otra de barro.

«Así la veías tú, cuando sin mano alguna se  
»desgajó del monte una piedra: é hirió á la estatua en sus pies de hierro y de barro, y los desmenuzó. Entonces fueron asimismo desmenuzados el hierro, el barro, el cobre, la plata y el oro, y reducidos como á tamo de una era de verano, lo que arrebató el viento: y no parecieron más; pero la piedra que había herido la estatua se hizo un gran monte é hinchó toda la tierra.»

Aquí hace Daniel una parada, porque ha acabado la adivinación del sueño olvidado de Nabucodonosor. Después entra en la interpretación, que es como sigue:

«Tú eres rey de reyes: y el Dios del cielo te  
»ha dado á ti reino, y fortaleza, é imperio y gloria: y todos los lugares en que moran los hijos de los hombres, y las bestias del campo (aquí hay que contar la China y el Perú); también

»ha dado en tu mano las aves del cielo (el condor de los Andes inclusive, que nunca vió Nabucodonosor), y todo lo ha puesto debajo de tu poder: tú, pues, eres la cabeza de oro (adulación se llama esta figura.)

»Y después de ti se levantará otro reino menor que tú, de plata: y otro tercer reino de cobre, el cual mandará á toda la tierra (hay que incluir el Spizberg y la Nueva Holanda.) Y el cuarto reino sera como el hierro. Al modo que el hierro desmenuza y doma todas las cosas, así desmenuzara y quebrantará á todos éstos...

»Mas en los días de aquellos reinos, el Dios del cielo levantará un reino, que no será jamás destruido.»

Estos cuatro reinos de oro, plata, cobre... y nada, quieren los memos de los intérpretes de este otro intérprete que se lo interpretó á Nabucodonosor, que sean las cuatro monarquías de los caldeos, medos-persianos, griegos y romanos. Algunos de ellos, ó mejor dicho, todos ellos, se contradicen y confunden, y dicen que sí, y dicen que no, confesando al fin y á la postre que todo es puro jarabe de lengua para entretener las veladas del invirano ó los ocios del verano.

Por mi parte creo que tanto pueden ser estas cuatro monarquías, como las cuatro Repúblicas de Andorra, San Marino, Honduras y Guatemala. De lo que no cabe duda á los intérpretes ni á mí, es de que el reino que sobre la ruina universal ha de alzarse para siempre es la Iglesia, cuyo reino fundó Pipino el Breve y acabó Vico Manuel el Pesado, poniendo en la dorada cárcel del Vaticano, como si fuera el canario más sonoro, al rey que le gobernaba, vulgo el Papa.

Nabucodonosor, al oír lo que había soñado, y de que nunca se acordó, y la trastienda que tal desbarre tenía, mandó poner á Daniel sobre una peana y le adoró como á un Dios.

No menos se merecía el judío,

## CLXXII

Daniel, aunque mozo, ya positivista, no se contentó con la adoración estúpida de Nabucodonosor, sino que pidió al tirano cosas más sustanciosas, cuales fueron los ministerios reunidos de Gobernación y Gracia y Justicia para sí, y la superintendencia de Obras públicas para sus compinches de cautiverio y magia, los ciudadanos Sidrach, Misach y Abdénago, que son, cambiados los nombres, Ananías, Misael y Azarías. Y, cádate á los dominadores caldeos, explotados y exprimidos por los judíos esclavizados, objeto del público desprecio. Pues de tan antiguo data la política israelita del dame pan y llámame perro, que consiste trocar el desprecio y la animadversión en dinero sonante y contante, mediante el cual los Rostchild y los Pereires se hacen limpiar la botas y labar las camisas por los más fervorosos católicos y las más fanáticas hijas del Corazón de Jesús.

No sé cuántos años llevarían Daniel y sus amigotes de explotar á sus amos los babilonios, cuando á Nabucodonosor, que era el hombre de las ocurrencias estrafalarias, se le antojó «hacer una estatua de oro de sesenta codos de altura y seis codos de anchura, y púsola en el campo de Dura, de la provincia de Babilonia.»

Que es una de las más estunpendas barbaridades que se han escrito en este mundo, pues calculo yo que todo oro circulante entonces en Caldea no hubieran dado de sí el volumen cúbico de 60 por 6 por 6 codos, que hacen 2.160 codos cúbicos de oro, que dejó á las pocas matemáticas que saben los católicos puros y simples calcular las pesetas que montan en nuestra moneda corriente, dada baja del oro desde el tiempo de Nabucodonosor hasta estos días del trancazo degenerante de pulmonías.

Ni se sabe á quién representaba esta desco-

munal estatua, ni Reclus determina dónde precisamente estaba el campo de Dura; pero ni esto no impide reinos sacrilegamente, que es la más sabrosa manera de reir. de los intérpretes juntamente con lo que interpretan, ni fué óbice para que Nabucodonosor reuniera los sátapas y culabrones de las provincias, así como á los rebaños de hombres que trasquilaban, para hacerlos al son de estrafalaria música adorar el escultural mamarracho, bajo pena de muerte para todo aquel que no inclinase la cabeza y doblara la rodilla.

No faltó uno que dijo á Nabucodonosor que ni Sidrach, ni Misach, ni Abdénago habian cuido á adorar la estatua, desobedeciendo cínicamente sus órdenes. Y el tirano, bufando de ira como un toro, mandó que en el acto le trajesen á los tres cogotudos israelitas.

—¿Es verdad que no habéis querido adorar la estatua? les preguntó echando espuma por la boca.

—Verdad es, le contestaron los mancebitos.

—¿Persistís en vuestra contumacia, ó, al son de la zampoña, como está ordenado, estáis dispuestos á la adoración? Si lo primero, pelillos á la mar entre nosotros, si lo segundo, á un horno encendido seréis arrojados. ¡Elegid!

—Nosotros no podemos adorar más que al rey del cielo, y no á ningún mamarracho de escultura. Y, en cuanto á lo del horno encendido—le respondieron tranquilamente—ten por cierto que si á nuestro Dios se le antoja, de él nos sacará, no hechos panecillos, sino más esponjados aún de lo que estamos.

Nabucodonosor, lleno de saña, dice la *Biblia*, al oír aquellos desplantes, mandó que bien atados de pies y manos, los soldados más fuertes de su ejército los echasen al horno, que mandó encender con siete veces más leña que de ordinario.

Y allí fué el más morrocotudo de los milagros, que ha hecho considerar esta *Profecía de Daniel* como el más antiguo de los libros de caballerías.

Dice Cervantes, por boca de un ventero y con el donaire que caracteriza su sublime estilo, en la primera parte del Quijote, capítulo XXXII.

«Tomaos con mi padre, dijo el dicho ventero, mirad de qué se espanta, de tener una rueda de molino! Por Dios, ahora había vuestra merced de leer lo que leí yo de Felismarte, de Hircania, que de un revés sólo, partió cinco gigantes por la cintura, como si fueran hechos de habas, como los frailecicos que hacen los niños: y otra vez arremetió con un grandísimo y poderosísimo ejército, donde hubo más de un millón y seiscientos mil soldados, todos armados desde el pie hasta la cabeza, y los desbarató á todos como si fueran manadas de ovejas. «Pues qué me dirán del bueno de D. Cironjilio de Tracia, que fué tan valiente y animoso, como se verá en el libro? Donde cuenta que navegando por un río le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego, y así como la vió, se arrojó sobre ella, y se puso á horcajadas encima de sus escamosas espaldas, y la apretó con ambas manos la garganta con tal fuerza, que viendo la serpiente que le iba ahogando, no tuvo otro remedio sino dejarse ir á lo hondo del río, llevándose tras sí al caballero que nunca la quiso soltar: y cuando llegaron allá abajo, se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos, que era maravilla: y luego la serpiente se volvió en un viejo anciano, que le dió tantas cosas que no hay más que oír. Calle, señor, que si oyese esto se volvería loco de placer. dos higas para el Gran Capitán y ese Diego García que dice.»

Y escribe Daniel, en su Profecía, textualmente, como lo hallo en la traducción canónica del P. Scio:

«Y en el punto fueron atados aquellos tres varones, y hechados en el horno de fuego ardiendo con sus calzas y tiaras y calzados y vestidos. Porque la orden del rey apremiaba: y el horno estaba muy encendido. Mas la llama del fuego mató á aquellos hombres que habían echado á Sidrach, Misach y Abdénago.—Y estos tres varones, Sidrach, Misach y Abdénago, cayeron atados en medio del horno de fuego ardiendo.»

### LO QUE SIGUE

#### NO LO HALLÉ EN LOS CODICES HEBREOS

Pero aunque el copista (porque este que habla es el traductor evidentemente) no lo halló en los codices hebreos, yo lo encuentro en la *Biblia* canónica, y sigo copiando:

«Y andaban en medio de la llama loando á Dios, y bendiciendo al Señor. Y poniéndose en pie Azarias, oró así, y abriendo su boca en medio del fuego, dijo:» Reza el andante caballero en llamas, una oración más larga que un rosario de veinte dieces, y continúa el disparatado texto de flamígera aventura.

*Y no cesaban los ministros del rey* (antes he leído en el texto hebreo que á los tales ministros los habían consumido las llamas; pero ya están resucitados en la copia griega por arte de desencantamiento), «que los habían echado, de cebar el horno, con nafta, y estopa, y pez, y con habecitos.» Y se extendía la llama *sobre el horno cuarenta y nueve codos* (eche usted llama); *y salió fuera* (pues si se alzaba cuarenta y nueve codos, claro está que salía fuera), *y abrazó á los caldeos que halló cerca del horno.* (¡Qué encontronazo el de estos babilonios!) *Y el ángel* (ya pareció aquello) «descendió al horno con Azarias y con sus compañeros: y sacudió del horno la llama de fuego» (¿cómo se sacude un

calvo las moscas) «é hizo que soprase en medio del horno como un viento de rocío, y no los tocó de ningún modo el fuego, ni los affigió, ni causó la menor molestia.» Con lo cual los tres mancebitos continuaron su rosario de los veinte dieces. Y yo, por si cuando esto se publique manda ya Cánovas, complemento monárquico de la *grippe* para la despoblación de España, no queriendo comentar por mi cuenta, después de inventariar.

El arca de Noé.

La quijada de asno de Sansón.

La paradita del sol y la luna por Jesué.

El discurso de la burra de Balaan.

La sombra de Saul charlando con la profetisa de Eudor.

La partidura del agua del mar Rojo.

La varita mágica de Aaron.

La subida al cielo en un carro de Elias.

La botija de aciete de Eliseo.

La resurrección de Lázaro.

El parto de la Virgen Maria.

La confusión de los doctores por el Niño.

El reloj del sol y el parche de higos del rey

Ecechías.

La confusión de lenguas de la Torre de Babel.

El andar á pie firme sobre el lago de Jesús.

El fuego de Sodoma y de Gomorra.

La mujer de Lot hecha estatua de sal.

Las trompetas que derribaron sonando las murallas de Jericó.

Las batallas y juramentos de Jefeé.

Y las llagas de sor Patriocinio.

Ya que he hecho hablar á Cervantes, le cedere de nuevo la palabra, cuando truena contra los embolismos, sandeces y disparates de los libros de caballerías, para que toda persona racional se convenza de que *mutans mutandi*, á la *Biblia* se los emplumaria, si hoy el gran manco escribiese.

Habla un canónigo.

«Verdaderamente, señor cura, yo hallo por mi cuenta que son perjudiciales en la República estos que llaman libros de caballerías; y aunque he leído, llevado de un ocioso y falso gusto, casi el principio de todos los más que hay impresos, jamás me he podido acomodar á leer ninguno del principio al cabo, porque me parece que cual más, cual menos, todos ellos son una misma cosa, y no tiene más que éste que aquél, ni estotro que el otro; y, según á mí me parece, este género de escritura y composición cae debajo de aquel de las fábulas que llaman milesias, y que son cuentos disparatados, que atienden solamente á deleitar y no á enseñar, al contrario de lo que hacen las fábulas apólogas, que deleitan y enseñan juntamente; y puesto que el principal intento sea el deleitar, no sé yo cómo puedan conseguirlo yendo llenos de tantos y tan desaforados disparates: que el deleite que en el alma se concibe nace de la hermosura y concordancia que ve ó contempla en las cosas que la vista ó la imaginación le ponen delante, y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompuesta no nos puede causar contento alguno.»

»Pues ¿qué hemosura puede haber ó qué porción de partes con el todo, y del todo con las partes, en un libro ó fábula, donde un mozo de dieciseis años (doce tenía el otro cuando acuchilló á los doctores con argumentos) da una cuchillada á un gigante como una torre, y le divide en dos mitades (no de un cintarazo, sino de una pedrada, mató David á Goliat, como «si fuera de alfeñique? Y ¿que cuando nos quieren pintar una batalla, y después de haber dicho que hay de la parte de los enemigos un millón de combatientes, como sea contra ellos el héroe del libro, forzosamente, mal que nos pese (aquí de Sansón, antes del tijeretazo de Dalila) habe-

»mos de entender que el tal caballero alcanzó la  
 »victoria por sólo el valor de su fuerte brazo?  
 »Pues qué diremos de la facilidad con que una  
 »reina ó emperatriz heredera se confía en los  
 »brazos de un andante y no conociendo caballe-  
 »ro? ¿Qué ingenio, si no es del todo bárbaro é  
 »inculto, podrá contentarse leyendo que una  
 »gran torre llena de caballeros ya por la mar  
 »bravía (Jonás hizo más; se estuvo metido tres  
 »días en el vientre de una ballena) y mañana  
 »amanece en tierras del preste Juan de las In-  
 »dias, ó en otras que ni las describió Tolomeo,  
 »ni las vió Marco Polo? Y si á esto se me res-  
 »pondiere que los que tales libros componen los  
 »escriben como cosa de mentiras, y que así no  
 »están obligados á mirar en delicadezas ni ver-  
 »dades, responderle había yo, que tanto la men-  
 »tira es mejor, cuanto más parece verdadera  
 »(como los milagros de San Simeón Estilita) y  
 »tanto más sagrada, cuanto tiene más de lo du-  
 »doso y posible (como que los peces saliesen á  
 »oír predicar á San Francisco). Hánse de usar  
 »las fábulas mentirosas con el entendimiento  
 »de los que las leyeren, escribiéndose de suerte  
 »que, facilitando los imposibles, allanando las  
 »grandezas, suspendiendo los ánimos, admiren,  
 »suspendan, alborecen y entretengan de modo  
 »que anden á un mismo paso la admiración y  
 »la alegría juntas; y todas estas cosas no podrá  
 »hacer el que huyere de la verosimilitud y de la  
 »imitación, en quien consiste la perfección de lo  
 »que se escribe. No he visto ningún libro de ca-  
 »ballerías, que haga un cuerpo de fábula entero  
 »con todos sus miembros, de manera que el miedo  
 »corresponda al principio, y el fin al principio y  
 »al medio, sino que los componen con tantos  
 »miembros, que más parece que llevan intención  
 »de formar una quimera, ó un mónstruo.»

Quimera.. mónstruo los libros de hechos imposibles, que no forman encadenamiento, ni guar-

dan debida proporción de partes. Pues, *Santa Biblia*, chúpate esa indirectilla del gran alca-  
 lano.

## CLXXIII

Paseábanse rezando, como he dicho, Sidrach, Misach y Abdénago, entre las llamas del horno, cuando Nabucodonosor, que por algo era loco, viólos no sé por qué milagro de óptica, y, alborotándose ante el estrafalario suceso, comenzó á dar voces y confesar por el único Dios sandunguero y bracifuerte al Dios de Israel; acudiendo al horno, desde cuya boca comenzó á llamar con cariñosas frases á los mancebos que, en vez de tres, por otro milagro, eran cuatro; el de añadidura, al decir de Nabucodonosor, semejante al Hijo de Dios, que todavía no había nacido, aunque sí estaba engendrado desde antes que existiesen las razas de los Quirós y de los Velascos, que, según los genealogistas, ya porfiaban sus linajes antes que Dios fuera Dios y los peñascos peñascos.

El ángel, que les había preservado de la chamusquina hasta los cabellos, sacólos del horno, y Nabucodonosor, creyéndose obligado á hacer otra barrabasada en sentido contrario, publicó una orden del día (no juraré que no se dictase por la noche), en que ponía á Jehová sobre los cuernos de la luna.

Y vuelta á los sueños.

Nabucodonosor—hablando en primera persona, como si fuese él y no el Espíritu Santo el que dictó la *Biblia*—hallándose tendido en su cama, ve un árbol gigantesco, que, creciendo, toca con su copa al cielo y da abrigo con sus ramas á todas las alimañas de la tierra. Pues, señor—como dicen las comadres que cuentan cuentos á los chicos—que cuando el babilonio más se devanaba los sesos por averiguar qué fuese aquel árbol disforme que le había salido en la cabeza, cátrate

que una voz clamó en lo alto, atronando los aires:

«Cortad á raíz el árbol, y desmochad sus ramas: sacudid sus hojas y esparcid sus frutos: »huyan las bestias que están debajo de él, y las »aves de sus ramas. Empero, dejad en la tierra »la cepa de sus raíces, y sea él atado con cade- »nas de hierro y de cobre, entre las yerbas que »están fuera, y sea bañado con el rocío del cielo, »y su parte sea con las fieras en la yerba de la »tierra. El corazón de él sea cambiado de cora- »zón de hombre, y désele corazón de fiera: y »siete tiempos se muden sobre él. Por sentencia »de los veladores fué así decretado, y palabra y »demanda es de los santos: hasta que conozcan »los vivientes que el Excelso tiene el dominio, en »el reino de los hombres, y lo dará á aquel á »quien quisiere y al más abatido de los hombres »pondrá sobre él.»

Esta voz parlanchina y detallista, quieren los intérpretes católicos que sea la voz de Dios, en lo que no hallo ningún inconveniente. Pero Nabucodonosor, que no estaba tan bien enterado, hubiérase quedado *in albis*, á pesar del chaparrón profético del Eterno, sin la ciencia de Daniel, que ahora se llama Baltasar, que de nuevo le sacó de apuros.

El árbol que viste eres tu—le dijo después de una hora de meditación:—lo del corte de raíces, y desmoche de ramas, y encadenamiento del tronco, y yerbas, etc., significa que te vas á volver loco de remate con tanto soñar dislates, por lo que te echarán al campo como las bestias, en cuya compañía comerás yerba siete tiempos. Pero no te apures que al cabo de esos siete tiempos—que lo mismo pueden ser minutos que días, que años, pues tiempo es todo—volverás á tu pristino estado y harás nuevas barbaridades, si te place, con la ventaja de que estas tribulaciones te enseñarán que no hay más Dios que Jehová y que yo soy su profeta.

El babilonio, en vez de echar al horno al adivino que tales horrores le anunciaba, hizo de él el mismo caso que yo de la quinina para cortar calenturas, desde que he aprendido que hay por ahí en un lienzo pintada una Virgen, que es una maravilla para curar la meningitis tuberculosa; pero como Dios no puede engañarse, ni engañarnos, al cabo de doce meses, cuando más se pavoneaba de su poder y sus riquezas, sin saber por quién ni cómo se cumplió la palabra. He aquí el texto:

*En la misma hora (nadie la había determinado, ni la voz, ni Daniel) se cumplió la palabra sobre Nabucodonosor, y fué echado de entre los hombres, y comió heno como buey, y su cuerpo fué bañado con el rocío del cielo; hasta que crecieron sus cabellos como de águilas (águilas con pelos largos) y sus uñas como las de las aves.*

*Mas al cabo de los días (averigüe usted cuando fué), yo Nabucodonosor alcé mis ojos al cielo, y me fué restituido mi juicio.*

Como sólo se restituye lo que se ha perdido, de aquí que haya autorizadamente llamado loco á Nabucodonosor. Lo que carece de autoridad es suponerle cuerdo en ninguno de los pasajes bíblicos en que aparece este grandísimo mamarracho, con el que sólo puede emparejarse al ciudadano Teodoción, que metió en la Biblia á los tres mancebos del horno cantando, y sería quizá el que tan pronto hace hablar á Nabucodonosor como habla por su boca de ganso.

Resumen: que Nabucodonosor, recobrado el juicio, recobra el reino, *vuelve á su primera figura*, palabras que, tomadas al pelo, dejan presumir que no es que se volviera loco, sino que le encantaron Daniel y sus compinches de magia, como encantaron á D. Quijote, el cura y Sansón Carrasco.

Colorin colorado, el cuento de Nabucodonosor se ha acabado.

Y aparece Baltasar, su nieto, comiendo y bebiendo y haciendo disparates en un banquete monstruo, que ofrece á mil de los grandes de su imperio. Lleno de vino—dice el texto y no lo pongo un momento en tela de juicio — Baltasar, sea por ostentación, sea por requemar la sangre á Jehová, manda sacar los vasos y copas traídos por su abuelo del templo de Jerusalem, y escanciando en ellos, hace beber en los sagrados cirimbolos á sus mujeres legítimas y á sus barraganas, á los grandes de su corte y á sus bufones y enanos; con lo cual, y principalmente con el vino á mi entender, perdidos chicos y grandes los estribos, armaron tal batahola de brindis, trinquis y desmanes intersexuales, que en vez de un palacio, aquello parecía un colmado en noche de jarana. Dando el rey ejemplo, machos y hembras, hartos de carne y vino, manchaban los manteles con las babas é inundaban los aires con coplas obscenas, en que ofrecían su inmundicia á sus dioses de oro, plata, cobre y palo, cuando hete aquí que:

«En la misma hora aparecieron unos dedos como de mano de hombre, que escribía enfrente del candelero en la superficie de la pared de la sala real: y el rey miraba los artejos de la mano que escribía.»

Aquella visión puso al borrachón de Baltasar fuera de sí.

«Entonces se inmutó el semblante del rey, y le conturbaron sus pensamientos: y las coyunturas de sus riñones se descoyuntaban, y sus rodillas se batían una contra otra.»

Y claro está. Como los reyes babilonios no sabían otra cosa que hacer y decir barbaridades, pasada la borrechera, Baltasar hizo congregar á todos los magos y adivinos de su reino para que le descifrasen lo que aquella mano había escrito en la pared.

Vino la caterva de sabios, y ¡que si quieres!

Por más que miraban y remiraban las letras, no sacaban de ellas sentido, lo cual me inclinaría á pensar que realmente no le tendrían, si la incógnita senora que en esta tragicomedia representa el papel de reina (no se sabe si madre, abuela ó regente, ni siquiera como se llamaba), no hubiese manifestado á Baltasar que sólo había un hombre en el mundo que pudiera sacarle de aquel apuro.

Este hombre (como en los libros de caballerías el héroe respectivo) era naturalmente Daniel, que desde los tiempos de Nabucodonosor, después del morrocotudo invento del sueño de aquel loco, se había retirado al campo á cuidar de sus gallinas y regar sus habichuelas.

Llaman á Daniel, viene Daniel, entra Daniel de nuevo en palacio, y Baltasar le dice.

—Me aseguran que eres un fenómeno de la interpretación. Ahí están mis sabios hechos unos babiones delante de esas malditas palabras que me escribió una mano. Ea, ve si me las interpretas, y te haré caballero de Toisón.

Del Toisón, precisamente no le dijo Baltasar; pero le ofreció un collar, un collar de oro, con tratamiento de príncipe.

Daniel, rechazando la dádiva, le endilga un discurso terrorífico al rey, sacándole punta á la teología, por lo de haber profanado los vasos del templo y haberse prostituido á sus Dioses de metal y de madera. Luego entra á interpretar, que era su oficio.

«Esta es, pues, la escritura, que allí está dispuesta: MANE THECEL PHARES.—Y esta es la interpretación de las palabras.—MANE: Dios ha numerado tu reino, y le ha puesto término.—THECEL: Has sido pesado en la balanza y has sido hallado falto.—PHARES: dividido ha sido tu reino, y se ha dado á los Medos y á los Persas.»

El que más y el que menos de los católicos y

de los librepensadores, ha oído citar estas palabras y considerar este pasaje como una maravilla literaria. Yo mismo declaro que Daniel, plantándose ante Baltasar, para anunciarle su ruina merecida, me parece grande. Pero, aparte frasecillas convencionales, seguiré copiando:

»Entonces por mandado del rey fué Daniel vestido de púrpura, y le rodearon al cuello un collar de oro: y se hizo publicar, que él tendría »poder el tercero en su reino.»

No te entusiasmes, lector, con la fortuna del profeta. Sigue leyendo:

«Aquella misma noche mataron á Baltasar, »rey Caldeo.—Y Dario, que era Medo, le sucedió en el reino, siendo de edad de sesenta y dos »años.»

«¡Pronto se le agrió el vino al profeta y se le »convirtió el collar en argolla!»

Algunos católicos, después de leer estas sandeces de sueños y revelaciones, de festines y crámulas, ya se creen que se saben de memoria la toma de Babilonia, no por Dario, como dice la *Biblia*, sino por Ciro el Grande. El nombre de Dios y la palabra profecías les parecen que resumen todo conocimiento, y que no hay más que saber sino lo de la mano que escribía el *Mane, Thecel, Phares*.

A mis correigionarios les aconsejo que se rían, como siempre, de todo lo sobrenatural, y que no hagan maldito el caso de estos libros de caballerías si quieren saber cómo las cosas pasaron, que fué como pasan siempre, de una manera natural y lógica. El imperio caldeo estaba corrompido por el despotismo de una dinastía de locos y mentecatos, como Nabucodonosor y Baltasar. Los persas, pueblo nuevo y viril, guiados por un genio, Ciro el Grande, después de otras conquistas emprendieron la de Babilonia y la realizaron. ¿Queréis saber cómo? Pues, quemad la «Profecía de Daniel», ó mejor, echadla á un

rincón donde den cuenta de ella los ratones, y tomad la «Cyropedia» del griego Jenofonte, abridla por su libro séptimo, y en el capítulo V de ese libro hallaréis, explicada con grande elocuencia, la traza habilísima de que Ciro se sirvió para rendir la gran ciudad de Asiria. Y si Jenofonte no os agrada, tomad á Heródoto, al admirable Heródoto, abrid el primero de sus *Nueve Libros*, y desde el párrafo 189 en adelante encontraréis, no sólo explicado cómo Babilonia fué por Ciro tomada, de acuerdo con lo que dice Jenofonte, sino que aprenderéis en diez minutos de lectura acerca de los asirios, de sus usos y costumbres, de su religión y sus leyes, de sus artes y ciencias, más que en diez años de lectura de la *Santa Biblia*, que, como todas las santidades literarias, es fofa, vana, tonta y oliente á pábilo de lámpara sepulcral.

## CLXXIV

Quedamos en que Ciro—á quien la *Biblia* llama Dario—tomó á Babilonia. Pues bien, como si tan grande y glorioso conquistador no tuviera cosa mejor que hacer, comienza á tirarle al Diabolo del rabo, sirviendo de tramoyista en la más estupenda aventura habida en el mundo, hasta que á Don Quijote le ocurrió hacer su tercera y última salida á título de glorioso restaurador de la caballería andantesca.

La historia enseña que Ciro, tan pronto como rindió á Babilonia, volvióse para su tierra, donde murió en breve. Pero la *Biblia*, que así hace caso de la Historia como de la Astronomía, nos le presenta en un lugar fantástico, que no sabemos si es Caldea ó Persia, protegiendo á Daniel y queriéndole convertir en una especie de rey suplente, porque en él era más abundante el espíritu de Dios que en los otros adivinos, palabras que dejan presumir crecía en él la gracia divina, como crece la yerba en los prados, ayudada por